

# Delirium tremens

Pilar Llada-Cienfuegos

Raro era el sábado que no me dejaba caer por las afamadas tertulias del Café Post-estructuralista, sobrenombre que le había puesto su dueño en un desvarío de *delirium tremens* y una mala digestión del *Ulises* de Joyce. Decía él, entre sorbos de absenta con anís, que su lectura le había provocado una extraña dolencia, una suerte de fiebre literaria que solo podía aplacar con la dulce embriaguez de la borrachera diaria. En aquellas noches saturadas de humo y exégesis alucinatorias, dicho establecimiento respiraba como un relicario de pensamientos incandescentes. Los asiduos, mitad devotos, mitad profanos, se perdían entre disertaciones criptográficas sobre el absurdo y el vacío, mientras el dueño, en su eterna lucha contra el mal que lo aquejaba, convertía la bohemia en una plegaria a Dionisio.

Siempre creí atisbar una especie de burla descreída en su mirada vidriosa, como si detrás de cada destello opaco se ocultara una ironía sutil hacia el mundo y sus absurdos. Sus ojos, turbios por el exceso de alcohol, reflejaban un cinismo resignado, como si hubiera visto demasiado y ya no pudiera tomar en serio nada de lo que encontraba. En sus momentos de lucidez efímera, cuando las palabras escapaban de sus labios entre murmullos y suspiros, detectaba un desdén tranquilo hacia las pretensiones intelectuales y las vanidades literarias que llenaban el ambiente del café. Tras las discusiones interminables y las teorías extravagantes, yo le observaba desde mi rincón habitual, preguntándome qué historia se escondería detrás de su mirada y de qué manera le habría afectado su Odiseo personal.

Sentía que detrás de su semblante taciturno se ocultaba una existencia compleja, rebotante de experiencias y desafíos. Imaginaba que la vida, como una epopeya moderna, le habría arrojado a mares agitados y tormentosos,

mientras él luchaba por mantener el timón de su existencia en medio de las tempestades emocionales. Su semblante taciturno me recordaba que todos somos protagonistas de nuestra propia odisea, enfrentando pruebas y obstáculos que nos moldean de maneras impredecibles. A veces me preguntaba qué aprendizajes habría extraído de sus propias aventuras, de sus desafíos, y cómo esas lecciones resonaban en su día a día entre las páginas del *Ulises* y las charlas nocturnas del café.

La conexión entre su historia personal y la epopeya literaria se volvía cada vez más clara en mi mente. Odiseo, el héroe en busca de su hogar, reflejaba la búsqueda universal de pertenencia y significado que todos enfrentamos en algún momento de nuestras vidas, atravesando un largo periplo de obstáculos y vicisitudes hasta regresar al origen de lo que una vez fuimos. Tal vez este hombre, con su mirada cargada de experiencias, también anhelaba regresar a un lugar de paz y autenticidad, lejos de las tormentas emocionales que lo acechaban.

En medio del bullicio intelectual del café, me sentía como un espectador privilegiado de su historia silenciosa. Era como si las palabras de Joyce y los debates filosóficos fueran solo el decorado de una historia mucho más profunda que se proyectaba ante mis ojos. Su rostro, marcado por las huellas del tiempo y del exceso, era el reflejo de un alma en busca de respuestas en las profundidades del conocimiento y la embriaguez. Yo seguía embelesado con cada uno de sus movimientos, como un gato al acecho intentando grabar en mi retina hasta el más mínimo detalle. A medida que mis ojos se posaban sobre su figura abstracta, una revelación literaria se materializaba frente a mí. Sí, era él. Era el antihéroe perfecto para mi próxima novela, un pobre lector ávido al que Joyce le había ocasionado una cirrosis con su *Ulises* laberíntico.

Ayer tendría que haber ido a hablar con Matías, el librero, para preguntarle si ya había recibido el libro que le encargué la semana pasada. Encontrar viejas reliquias descatalogadas no es tarea sencilla. Pero siempre postergo estas cosas. ¿Por qué soy tan reacio a enfrentarme a estas situaciones simples? Quizás sea el temor a la decepción, a recibir una respuesta negativa que confirme mis peores sospechas: que el libro no está disponible o que ha sido vendido a otro más rápido, más decidido que yo. Debería haberlo hecho ayer, sin duda. Sin embargo, siempre encuentro excusas para posponerlo. Ahora me arrepiento. ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué me cuesta tanto emprender una acción cuando se trata de algo que realmente quiero? ¿Es miedo a la frustración o a enfrentar la realidad? Me siento atrapado en este ciclo de indecisión y autocuestionamiento. Como aquella vez que no me atreví a llamar a Claudia. Siempre dejo que el tiempo pase, esperando que las cosas se resuelvan solas. Quizás mañana sea el día. Mañana, sin falta, me acercaré a la librería y haré la pregunta que llevo días evitando. No puedo seguir posponiendo mis deseos por temor al resultado.



Claudia... qué mujer tan fascinante. Su carácter, su pasión por la literatura. Todo en ella era cautivador. Pero sí, el destino nos jugó una carta inesperada al descubrir que era agente literaria. A veces las ironías de la vida nos sorprenden de la manera más insospechada. Siempre he sentido una atracción especial por las mujeres con carácter, con esa chispa de fuego que desafía al mundo. Claudia era así, una fuerza de la naturaleza que me dejaba sin aliento. Aunque quizás esa misma fuerza era la que nos mantenía distantes, como dos polos opuestos que se atraen, pero nunca se encuentran del todo. A veces me pregunto qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes, si nuestras vidas se hubieran cruzado de otra manera. Pero, al final del día, debemos aceptar las cartas que nos han sido repartidas y jugar con lo que tenemos. Quizás en un universo paralelo Claudia y yo somos protagonistas de una historia de amor épica, como Odiseo y Penélope, pero aquí, en este, somos simplemente dos almas que se cruzaron brevemente en el camino de la vida.

Tengo miedo de olvidar mañana preguntarle al librero, mejor lo anoto por si acaso. Últimamente olvido casi todo; no sé, será cosa de la edad. Me preocupa perder detalles importantes, momentos que deberían quedar grabados en mi mente. Pero ¿qué puedo hacer? La vida sigue su curso implacable y yo debo adaptarme a sus vaivenes, incluso si eso significa confiar en notas escritas en pedazos de papel para recordar lo que de otro modo se perdería en el olvido. ¿Pero qué diablos estoy diciendo? Solo tengo 45 tacos, no soy tan viejo como para ir anotando todo en papelitos de colores como si tuviera demencia senil temprana. Soy despistado, es cierto, lo he sido toda mi vida, incluso de niño. A veces me pregunto si mi mente está solo abrumada por las demandas del día a día o si este despiste crónico es parte de mi ser, una característica intrínseca que me ha acompañado desde siempre. En cualquier caso, más vale no dejar nada al azar, mejor asegurarme de recordar esa visita al librero. Lo anoto, sí.

En medio de esa bacanal intelectual, me hallaba yo, viajero en un barco sin brújula, sumergido en el fulgor de aquellas almas inquietas navegando hacia el horizonte borroso del conocimiento. Observaba el panorama con cierta distancia, como un etnógrafo entre nativos en una tierra desconocida. Cada gesto, cada palabra, se volvía un pequeño tesoro antropológico que yo registraba meticulosamente en las páginas de mi cuaderno. Mientras los jóvenes poetas desplegaban sus vanidades y aspiraciones literarias, yo me sumergía en la observación de sus interacciones sociales. Era fascinante presenciar cómo aquellos aspirantes a trovadores competían entre sí por la atención y el reconocimiento, cada uno tratando de superar al otro en ingenio y extravagancia. Sus libretas, llenas de garabatos y versos presuntuosos, revelaban un deseo desesperado por destacar en un mundo donde la gloria literaria parecía ser la moneda de mayor valor. A pesar de ello, entre tanto bullicio y excentricidad,



encontraba una extraña belleza en la naturaleza humana. Cada reunión en el Café Post-estructuralista era como un cuadro surrealista en movimiento, donde las máscaras caían lentamente y revelaban las complejidades ocultas detrás de las apariencias. Sabía que, en medio de aquel tumulto de egos y vanidades, mi papel era el de un observador solitario, al que no habían agraciado con sus favores Calíope y sus hermanas. No me quejaba de mi suerte, pues encontraba consuelo en la quietud de mi rincón, donde podía contemplar sin ser arrastrado por la marea de la vanidad literaria. Observaba las piruetas retóricas y los juegos de ingenio con una mezcla de curiosidad y resignación, consciente de mi posición al margen de aquel festín de inspiración y audacia.

Pronto supe que yo no había nacido para poeta, que mi verbo conjugado era más un participio en busca de su complemento. Mi anhelo no era escribir versos repletos de vericuetos lingüísticos ni mis palabras buscaban el aplauso ni la gloria efímera, sino la esencia misma de la expresión humana con sus errores y sus aciertos. En mi quietud encontraba consuelo, como un pintor que prefiere las sombras y los matices sutiles al brillo deslumbrante de los colores vivos. Así comprendía yo la creación literaria; como un Odiseo desamparado de la guía de los dioses, sorteando los escollos de la vida con algo de ingenio y mucho de suerte. No bien había conseguido levantarme de los fuertes golpes del destino, sin más sostén y soporte que una mente idealista y una historia nueva siempre por escribir. Una novela. ¡Como si escribir una novela fuera cosa hecha! Ya lo decía Borges, que nunca escribió una. Él creía en la brevedad y la concisión como herramientas literarias supremas. ¿Para qué desperdiciar tantas energías en una tarea monumental que no tiene fin? Es como construir una catedral sin tener fe, como hacerle el amor a una mujer ausente. ¿Qué sentido tiene? Es un acto de vacío, una búsqueda sin fruto. No, eso no va conmigo. Yo sí tengo fe, aunque no construya catedrales.

¿Por qué no llamo a Claudia? Quizás siga trabajando en esa editorial pomposa que solo busca escritores ansiosos de gloria y fama. Yo me quedo con mi esencia, eso lo tengo claro. Pero ¿quién sabe? Nunca se sabe. La vida da demasiadas vueltas, como las ideas inconexas en el laberinto de mi mente. No sé si pedirme otro café o pasar a algo más fuerte, como mi antihéroe. Creo que me decidiré por una absentia con años; tal vez así encuentre el valor suficiente para llamar a Claudia. Pero ¿qué le digo? «Hola, Claudia, soy yo...». No, eso es demasiado simple, demasiado banal para lo que necesito decir. Quiero que sepa que he estado pensando en ella, que su recuerdo me ha perseguido como una sombra en cada rincón de mi existencia solitaria. Tal vez debería empezar por algo más, algo que despierte su curiosidad, su interés. «Claudia, ¿te acuerdas del libro que estaba escribiendo? Estoy buscando editor para publicarlo». Pero ¿y si no se acuerda? O peor aún, ¿y si le decepciona?





PILAR LLADA-CIENFUEGOS (Madrid, España). Es doctoranda en Literatura Hispanoamericana y graduada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, máster en Estudios Hispánicos y máster en Formación del profesorado. Profesora universitaria de Lengua Española y Literatura. Ha publicado varios relatos, ensayos, artículos y libros en su área académica. Fue profesora de español para extranjeros en España hasta 2017, cuando decidió radicar en China. Actualmente se desempeña como docente e investigadora en Shenzhen University.

Recibido: 31 de mayo de 2024  
Aprobado: 1 de diciembre de 2024

